

METAPSICOLOGÍA Y EL OBJETO Y LOS FENÓMENOS TRANSICIONALES¹

Dra. Myrta Casas de Pereda²

Resumen

Se propone un diálogo entre Freud y Winnicott sostenido en la fecundidad de las relaciones intertextuales o dialógicas, procurando cotejos y confrontaciones para evitar reducciones. Surge la posibilidad de redefinir la simbolización para el psicoanálisis: el acto y la acción en un “siendo” con el otro, duplicando el interjuego del deseo y las defensas (conflicto psíquico) en un trabajo sobre lo real (la indefensión en la infancia); lado real-izativo de la subjetivación.

Se recurre a la conceptualización de Ch. S. Peirce sobre la simbolización para sostener la propuesta; surge así la importancia de momentos icónicos e indiciales en el proceso de estructuración psíquica.

Se analiza el gerundio winnicottiano y se lo propone como un concepto fundamental al modo de los *Grundbegriffe* freudianos. En él se pone de manifiesto el lado real-izativo de la simbolización mencionado.

También la paradoja se acerca en el mismo sentido y se analizan sus implicancias temporales que junto con el gerundio hablan de un sentido a realizarse. La paradoja muestra con eficacia la dificultad de aprehender lo verdadero, lo cual la acerca al inconsciente freudiano.

Se subraya la importancia de lo fáctico que permite ampliar la idea de significativo psicoanalítico al gesto, el acto (juego) y la palabra.

Se propone una ficción topológica como la banda de Moebius para pensar la zona de “experiencia” winnicottiana de la transicionalidad, donde se juega la estructuración psíquica y que permite el estallido de las categorías exterior e interior. Es también una forma topológica de referir la paradoja.

¹ Conferencia en plenario presentada en el III Encuentro Latinoamericano sobre el Pensamiento de Winnicott, 2-4 de diciembre de 1994, Gramado, Brasil.

² Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Av. Gral. Rivera 2516. Montevideo (C.P.11300), Uruguay.

La importancia del otro entra a formar parte del trabajo psíquico y allí se describen la fuerza de la imagen, la alienación, el transactivismo y la emergencia de la ilusión (creación paradójica) para pensar un momento de inscripción psíquica.

Se trabaja sobre los conceptos de narcisismo, ilusión de unidad, ideales e identificación. La función de la idealidad, presente en el par ilusión-desilusión, conduce la marcha de las identificaciones.

En este trabajo de estructuración se señala la radical importancia del trabajo de sustitución o trabajo de lo negativo, que es el ámbito de las defensas.

A modo de reflexión puntual, se analiza la acción específica de la experiencia y satisfacción (S. Freud: "Proyecto"...), que da lugar al juicio y el pensamiento en la articulación de las defensas. Allí se enfatiza la importancia de la desmentida y la represión. En relación con las defensas, se toman dos ideas winnicottianas como son "*la madre suficientemente buena*" y "*el destete*". Ambos conceptos permiten pensar la función materna simbólica de la frustración.

Se discrimina desilusión de frustración, vinculando cada una de ellas a la desmentida y a la represión respectivamente.

Estos elementos conducen a la elaboración de pérdidas y el concepto de duelo cobra consistencia.

Finalmente se toma el objeto transicional para pensar los tiempos semióticos de la simbolización asociados a la metáfora y la metonimia.

La vinculación del objeto transicional y el fetiche que realiza. Winnicott permitió algunas reflexiones sobre el tránsito entre la desmentida de la ausencia (del otro) a la desmentida de la castración (ausencia del pene de la madre). Ambos momentos forman parte de una conceptualización enriquecida de la desmentida freudiana, haciéndola trabajar en el proceso de estructuración.

Summary

A dialogue is suggested between Freud and Winnicott, based on the fertility of intertextual or dialogic relationships, by making comparisons and confrontations to avoid a reduction. This results in the possibility of redefining symbolization for psychoanalysis: act and action in a "being" with the other, duplicating the interplay of wish and defenses (psychic conflict) while working on the real (childhood's helplessness), the real-izative side of subjectivation.

C.S. Peirce's notions on symbolization are used to support this proposal, which reveals the importance of iconic and indicative instances in the psychic structuring process.

Winnicott's *gerund* is analyzed as proposed as a key notion, as Freud's *Grundbegriffe*. The *gerund* shows further the above real-izative side of symbolization.

The paradox is also approached in the same sense, and its temporal implications are considered which, together with the *gerund*, refer to a real-izable meaning. The paradox aptly shows how difficult it is to apprehend the true, whereby the paradox may be associated to Freud's unconscious.

Emphasis is placed on the importance of factual aspects which allow an enlargement of the psychoanalytic significant notion to gestures, acts (play), and words.

The Moebius band is suggested as a topological fiction to consider Winnicott's transitionality "experience" zone, where psychic structuring takes place, allowing the burst of the outside/inside categories. This also proves to be a topological way of referring to the paradox.

The importance of the other gains its role in psychic work; the strength of the image, alienation, and transitivity, and the emergence of the illusion (paradoxical creation) are described with a view to analyzing the psychic inscription instance.

The notions of narcissism, unity illusion, ideas and identification are also dealt with. The ideality function, present in the illusion-disillusion pair, opens the way to identifications.

The essential importance of the work of substitution and the work of the negative, within the scope of defenses, is stressed in this structuring work.

By way of precise reflection, an analysis is made of specification of experience and satisfaction (S. Freud: *Project...*), which gives origin to judgments and thoughts in the articulation of defenses, emphasizing the importance of disavowal and repression. As regards defenses, two of Winnicott's ideas are taken, the good-enough mother and weaning both allowing to consider the symbolic maternal function of frustration

A distinction is made between disillusion and frustration, which are respectively associated to disavowal and repression.

These elements lead to the work out of losses and contribute to a higher consistence of the notion of mourning.

Finally, the transitional object is considered, for purposes of analyzing semeiotic times in symbolization, as associated to metaphor and metonymy.

Winnicott's association between transitional and fetish gave origin to some comments on the transit from disavowal of the absence (of the other) to disavowal of castration (lack of penis in the mother). Both are a part of an enriched theorization on Freud's disavowal, by causing it to operate in the structuring process.

Descriptores: ILUSIÓN / DESILUSIÓN / DESMENTIDA / REPRESIÓN / OBJETO TRANSICIONAL / FENÓMENO TRANSICIONAL PARADOJA / VIVENCIA DE SATISFACCIÓN / METAPSICOLOGÍA.

El tema de estas Jornadas es, sin duda alguna, un desafío. Tomar un texto como la obra de D. Winnicott y realizar allí una lectura metapsicológica puede tener algo de desmesura. Sin embargo, los aportes de M. Bajtin, J. Kristeva, R. Barthes (por nombrar algunos), estimulan otras perspectivas donde todo enunciado se relaciona con enunciados anteriores, dando lugar a relaciones intertextuales o dialógicas. *“Todo texto se desarrolla sobre la frontera entre dos sujetos” (...)* *“e involucra un tercero potencial”* (M. Bajtin, 1982), como referencia simbólica imprescindible.

No se trataría, entonces, de realizar una exégesis, sino de un trabajo de interrogación y diálogo con y entre los autores.

Si nos permitimos estos diálogos entre conceptos, realizamos una lectura de bordes que conducen a nuevos cuestionamientos a la par que nos nutren con nuevos instrumentos conceptuales.

Hacer dialogar a dos autores, como S. Freud y D. Winnicott, nos convoca a un especial cuidado en la formulación de los conceptos; a su vez, nuestra propia lectura es ya otro texto. No hablo desde el Freud de 1915 sino, como sólo puede ocurrir, de mi decantación personal de la obra freudiana, atravesada por todos los aportes significativos que generaron cambios de perspectivas enriqueciendo el descubrimiento freudiano.

La sutil impronta de la obra winnicottiana, donde transitamos por una aparente simplicidad en sus líneas de pensamiento, entrecruzando paradojas y desafíos teóricos, moviliza a un cambio de posicionamiento del lugar del analista.

Es probable que esta lectura metapsicológica encierre la ilusión de reunir a Winnicott con la teorización freudiana y sostener así de otro modo las improntas de su teoría. Aunque el cotejo y la confrontación se vuelven imprescindibles, el riesgo es siempre la

reducción. Winnicott (1972b) ha utilizado este término de confrontación para pensar un momento crucial de la adolescencia. En dicho trabajo, muestra la adolescencia como un momento de resignificaciones edípicas en torno a una necesidad estructural que nombra como “*la muerte del padre*”. Tal vez, en todos los momentos que abordamos un cotejo, una lectura de bordes, no debemos olvidar que leemos de nuevo, que hacemos una lectura nueva y que eso siempre encierra una muerte.

Winnicott escribía y pensaba desde un lugar “diferente”, introducía una lectura nueva, que aportaba elementos esenciales al psicoanálisis con una cierta intención expresa de quedar así descentrado, descentrando lo que en ese momento constituía un corpus teórico en el psicoanálisis.

Desde una perspectiva general de la obra, Winnicott no se sustrae a los enigmas que han acuciado al hombre a lo largo de la historia de las ideas. Así, se hacen presente las paradojas del existir, del *siendo*, del devenir, la trama que forman el conocimiento, la ilusión, el saber y la verdad, o la creación (o la creatividad) que queda articulada y articulando la subjetividad. Peripecias del sujeto y del objeto, que en su pensamiento aparecen muchas veces como categorías *a priori*.

Podemos detectar y articular muchas de sus ideas entre ellas la del gesto y la acción en la filosofía, la lógica, la ética (M. L. Pelento, 1993) y especialmente en el desarrollo actual de la semiótica, (J. Kristeva, J.L. Austin, Ch. S. Peirce).

Las categorías de espacio y tiempo que mentan el ser y el siendo, reúnen el gerundio winnicottiano con la facticidad de una semiosis que nos conduce a repensar y redefinir la simbolización para el psicoanálisis. El acto y la acción en un siendo con otro, dando entonces cuenta de la subjetividad.

Tomaré sólo un aspecto parcial pero ineludible de su obra: el objeto y los fenómenos transicionales. Aporte mayor al psicoanálisis, en el cual me permitiré leer y sugerir articulaciones de pensamiento que autorizan un intento de ubicación metapsicológica.

Por otro lado Freud, hacia la mitad de su obra, plasma su proyecto de escribir unos “Elementos para una Metapsicología” o “Trabajos preliminares”, con la intención de “*esclarecer y dar profundidad a las hipótesis teóricas que puedan servir de fundamento a un sistema psicoanalítico*” (S. Freud, 1915).

Sólo cinco de los doce trabajos verán la luz de la publicación. En rigor, esta inquietud freudiana por elementos que puedan organizar una metapsicología estará presente a todo lo largo de su obra.

No me refiero sólo al “Proyecto...”, a la “Carta 52”, al Cap. VII de “La interpretación de los sueños”, o “Más allá del principio del placer” con la reformulación de la pulsión

de muerte. Me refiero también a su preocupación nunca abandonada sobre las raigambres profundas de lo inconsciente a lo corporal, junto a la necesidad de una apoyatura simbólica que aparece en la necesidad de recurrir al mito.³

Cuerpo y símbolo, o pulsión y representación (*vorstellung*) por un lado, trama social y familiar (edípica) decantada en las instancias, y leyes universales que mentan la prohibición, componen tres áreas en permanente interrelación en el pensamiento freudiano que confluyen en la constitución de su aparato psíquico. Ficción que reúne los puntos de vista tópico, dinámico y económico, como piezas en permanente movimiento e interrelación, tratando de dar cuenta de la pulsión y sus destinos (represión, sublimación, transformación en lo contrario, vuelta sobre sí mismo) y el conflicto psíquico a ellas inherente.

El conflicto psíquico es la trama estructural en la que está inmersa la división radical del sujeto y la aparición de las instancias. Y, a su vez, implica el descentramiento del yo pues lo inconsciente habla a pesar y a través de él.

Fundamentación de la propuesta

Parto de la idea de un espacio-tiempo de simbolización que implica la estructuración subjetiva en la perspectiva de la neurosis; el interjuego del deseo y las defensas que hablan del conflicto psíquico, de la radical división de las instancias. La simbolización aparece como un verdadero trabajo sobre lo real (la indefensión en la infancia) que es primordial y esencialmente un acontecer realizativo.

La perspectiva freudiana del conflicto psíquico es enriquecida por los aportes al psicoanálisis que subrayan la importancia del otro para la configuración psíquica. En Lacan, el otro y lo social son llevados a una dimensión y articulación teórica de elevado nivel de abstracción dejando legados indudables para el psicoanálisis como son los tres registros: imaginario, simbólico y real.

Este abandono de la oposición adentro-afuera para la organización psíquica, también está presente en Winnicott, quien despreocupado por los rigores conceptuales y teóricos, deja su obra como reto y desafío a articulaciones por venir.

La división de las instancias es un proceso estructural donde no hablaríamos de desarrollo del inconsciente, sino de la progresiva articulación de las defensas frente al deseo inconsciente. Por ello entendemos que desde la indefensión, que marca al ser humano desde su llegada al mundo, a la disponibilidad yoica que implica la división

³ Creando mitos, como sucede en Tótem y Tabú, o recreándolos como sucede, por ejemplo, con el mito edípico.

Icc.-Precc.-Cc., no hay sino momentos más significativos que permiten objetivar dichas vicisitudes estructurales.

El objeto y los fenómenos transicionales permiten visualizar u objetivar tiempos de estructuración donde la simbolización psicoanalítica está *siendo*, aconteciendo.

Suelo hablar del espacio y fenómenos transicionales, como un espacio-tiempo que denomino “*metáfora viva*”. Esta idea surge de lo trabajado sobre el objeto transicional (M. Casas de Pereda, 1991; 1992). Proponía entonces que el objeto real, que da lugar al objeto simbólico, atraviesa un espacio-tiempo donde se re-presenta (el objeto real) como objeto perdiéndose (objeto perdido). Materialidad factual que habla de la necesidad de la experiencia de la pérdida para la representación de la ausencia (un corte de tiempo lógico suspendido y encarnado). El objeto perdido de entrada para Freud, necesita perderse cada vez para que esta simbolización inaugural de la pérdida tenga consistencia y se habilite la complejización de los procesos de simbolización (es éste un modo de referir también al ámbito de la castración simbólica).

La necesidad real del objeto o la necesidad de que el objeto sea real hace a un espacio—tiempo donde la facticidad duplica la realización de la inscripción psíquica. Es un tiempo de articulación de lo real, lo simbólico y lo imaginario, donde la fuerza de la imagen, la representación, la encarnadura de los afectos, hablan de un tiempo de simbolización escandido.

En una perspectiva metapsicológica, en este espacio-tiempo singular, debe darse el movimiento de estructuración psíquica donde convergen los destinos de pulsión que Freud describiera en 1915: represión, sublimación, transformación en lo contrario, vuelta sobre sí mismo.

Planteo, entonces, que este interjuego entre el deseo y las defensas podemos reorganizarlo desde Freud agregando la desmentida; no como destino de pulsión, sino como defensa consustancial a la indefensión. Y es precisamente entre desmentida y represión, que la estructura edípica cobra consistencia, en la medida que disminuye la fuerza de la primera y la castración simbólica (represión) resignifica las pérdidas y ausencias trabajadas en dicha desmentida.

Desmentida y represión son, pues, las defensas predominantes. Propongo pensar que la transformación en lo contrario y la vuelta sobre sí mismo que Freud ubica como previas a la represión (secundaria) –destinos de pulsión propios de un ámbito dual– son consustanciales a la desmentida. Espacio-tiempo donde la relación dual de dependencia narcisista necesita ser desplegada y consistentemente jugada entre la madre y su bebé, entendiendo que en esta función materna está presente la función paterna.

El objeto transicional da cuenta de la necesidad estructural de la desmentida, puesto que su presencia (trapito, osito o chupete) dice de la fuerza simbólica de lo que representa en una facticidad (presencia) contundente y significativa. Esa presencia subraya la imposibilidad de vérselas con la ausencia.

La objetivación de este interjuego del deseo y las defensas se procesa en y a través del discurso, sólo que el discurso infantil, hecho de gestos, juegos y palabras, muestra la importancia del significante psicoanalítico en su doble faz verbal y gestual. Palabra y acto con valor significante.

Se trata de una realidad psíquica que necesita desmentir los límites: la ausencia, la muerte o las diferencias. Es el ámbito de las creencias y la ilusión. Y allí, la función parental debe habilitar este espacio-tiempo imprescindible, donde transcurren hechos de estructuración. Es habilitar que haya un permanente interjuego de presencia-ausencia, de ilusión-desilusión; habilitar la muerte en la estructura, es decir, sostener el proceso de simbolización.

Acto psíquico de estructuración subjetiva sostenido en objetos reales objeto transicional, relatos y cuentos (M. Casas de Pereda, 1994a) que hablan de la necesidad de una verdadera manipulación de objetos reales y fantasmáticos. Aquí el semejante, el otro, ofrece cuerpo y palabras, objetos y cuentos, por donde a su vez vehiculiza su deseo.

Posibles aproximaciones

Pienso que en la obra de Winnicott hay numerosas ideas que entiendo forman ya parte de un bagaje psicoanalítico universal.

El gerundio winnicottiano debería formar parte de una supuesta “batería” de Conceptos Fundamentales (los *Grundbegriffe* freudianos). La lectura en inglés de los textos de Winnicott nos permite jerarquizar el *siendo, fantaseando, viviendo, soñando, experimentando*. Gerundios que hablan de un proceso en acto de realización ante otro, con otro que puede nombrarlo. Se trata de **un tiempo “sin tiempo”**, un presente fuerte que, enhebrando pasado, autoriza futuro. Es un acercamiento a un tiempo lógico más que cronológico, donde aparece casi naturalmente la posibilidad de la resignificación, pues si el presente no articulara sucesivos y permanentes movimientos de *a posteriori*, no habría historización posible, y ésta, a su vez, es siempre una construcción (el presente en la historia).

El gerundio reúne la continuidad con la permanencia y genera una ruptura temporal, al tiempo que autoriza un enlace entre pasado, presente y futuro. Reiteración una y otra

vez de un cierto tiempo paradójal que concilia insistencia con permanencia. Lo no cumplido o no finalizado que evoca el gerundio, engendra un “fuera” del tiempo.

Winnicott utiliza con marcada preferencia el gerundio, pero también el infinitivo, como veremos en su formulación de la paradoja. En ambas formas gramaticales se da la sustantivación del verbo. El verbo nominaliza y se vuelve sustantivo. El hacer, lo propio del verbo, se reúne con el nombre, con el sustantivo, que también es el sujeto de la frase. Sujeto y acción configurando un instante de estructuración que Winnicott reúne en la gramaticalidad de su formulación.

En el aforismo bíblico retomado por Goethe y Freud, se pasa del verbo al acto y Winnicott lo restituye al verbo. La acción, el acto psíquico, el “crear” el objeto, subraya el acto en el verbo (en el tiempo verbal) y el significante adquiere lugar como marca psíquica.

Desde la lingüística y la semiótica (E. Benveniste, J. Kristeva) se ha subrayado la función infinitizante del infinitivo verbal, función que entiendo queda también representada en los participios y especialmente para nuestro tema, en el gerundio.

El signo con que se representa el infinito en matemáticas es una representación plana de la banda de Moebius. El tiempo vuelto infinito remite a una topologización espacial de indudable fuerza donde circulan el sujeto en la relación con el otro.

Si reunimos el gerundio, el infinitivo y el participio (de la paradoja), tenemos una acción realizando(se) a través de la cual adviene sentido. Frase, la de la paradoja, encarnada que hace marca y que prosigue su marcha, con un lado no aprehensible. Se acerca en el sentido de estructurador a lo que he señalado como la importancia del “*suspense acentual*” en los juegos de “No está-Está” que juega la madre con su bebé (M. Casas de Pereda, 1993a). En ambas situaciones hay una suspensión del tiempo que anticipa sentidos en una escenificación espacial.⁴

Pienso que Winnicott (probablemente sin proponérselo) plantea al psicoanálisis el problema crucial de la inscripción y la producción del sujeto psíquico. Pero no sólo como momento de estructuración, sino también como realidad del trabajo en el psicoanálisis. Ubicar la transicionalidad en la transferencia implica también allí un gerundio en acto, una producción que no es sólo el levantamiento de lo reprimido. Plantea pues, indudables consecuencias en la praxis. Abre a la idea de que el espacio—

⁴ Winnicott no propone enunciación alguna por parte del niño o de la madre, sino que propone frases para inteligir un acontecer psíquico entre ambos. Ahora bien, si lo que se propone es la captación de un suceso, su enunciación se da en términos significantes. De allí la necesidad de acudir a significantes verbales que den cuenta del valor significativo del acto que entonces aparece en significantes no verbales. La inscripción psíquica, correlativa al suceso, es lo inexplicable que queda en la paradoja.

tiempo de estructuración subjetiva se realiza en el entre dos con una función simbólica que lo habilita: “*madre medio ambiente*” o “*actitud profesional del analista*”, respectivamente. Con ello también da cuenta que es esencial la historización en acto, una re-realización, que contiene la idea de una resignificación.

Ante el aparente lineamiento genetista de las propuestas winnicottianas, debemos colocarle en paralelo lo que él mismo propone como estallido cronológico o estallido del espacio. Espacio y tiempo que ya no son más adentro y afuera, o antes y después, sino que aparece con Winnicott la idea de producción en el tránsito entre: el niño y la madre, el niño y el medio ambiente, entre el objeto subjetivo y el objetivo. El borde que Winnicott nos propone y que plantea como el de la creatividad y la cultura conviene observarlo más detenidamente, porque daría cuenta de la subjetividad, de la producción del sujeto psíquico en la relación con el otro.

En la paradoja, ¿de qué tiempo se trata? Cuando el sujeto crea un objeto en el momento que le es presentado, ¿no está abriendo a un sentido de espiral topológica en un espacio y un tiempo irreales?

La paradoja winnicottiana, a diferencia de las paradojas lógicas y de las paradojas gramaticales o sintácticas (N. Abbagnano, 1980), tienen un fin, un objetivo psicoanalítico. Es un intento de dar cuenta de algo que opera significativamente creando sujeto psíquico. Por este sesgo de signos en acto, la paradoja winnicottiana aparece como una presentación (*Darstellung*) que convoca un origen.

De algún modo se emparenta con el mito. Recurso del psicoanálisis cuando se enfrenta con lo real. P.-L. Assoun (1987), refiriéndose a “Tótem y Tabú”, señala que “*el mito informa a la historia*”. Es un recurso de verosimilitud (D. Gil, 1992) que, creando un sentido, da cuenta de un simbólico que lo atraviesa. Su función no es menor, no es la del desconocimiento, sino que, en tanto ficción, irreal, da cuenta de la dificultad inherente a la aprehensión de lo verdadero (como verdad inconsciente). Creo que de esto trata la paradoja.

En esta propuesta de Winnicott, surge la radical importancia de la función materna en el sentido de que haya otro (“el semejante” de Freud, 1895) que quiera o no presentar(se) (como) un objeto que el sujeto necesita tener. Esto implica, a su vez, una circularidad de movimiento porque allí se anuda, en un efecto de *a posteriori*, la posibilidad de que el sujeto quiera algo; emergencia del deseo que no coincide con la necesidad.

Tal vez el deseo sea el gran ausente en la teorización winnicottiana; sin embargo, podemos inferirlo en todos sus efectos. Crear un objeto cuando le es presentado, concierne precisamente a la emergencia del deseo y eso depende del otro.

“*Crear, idear, imaginar, producir, originar un objeto*” dice Winnicott (1972a, p.18) y si le agregamos “soñar”, nos resulta más nítido el motor omitido: el deseo.

“*El pensar no es sino el sustituto del deseo alucinatorio (...) solamente un deseo puede impulsara trabajara nuestro aparato anímico*” (S. Freud, 1900; pp.557 y sig.)

El yo no es, entonces, causa del pensar, sino efecto de ese trabajo psíquico que se realiza a través del discurso; encuentro-desencuentro con el otro, el semejante de la acción específica (S. Freud, 1895), la madre en su función simbólica: suficientemente buena.

El adverbio “*suficientemente*” hace presente el deseo materno con sus límites y sus alcances. Hay una incompletud allí aludida que remite a la castración simbólica en la madre, desde donde se ejerce su función (dar y frustrar).

Este trabajo de lo inconsciente es el inconsciente mismo, es la paradoja, lo que escapa a ser aprendido por un significado. Entiendo que éste es el sentido de lo que “no debe ser cuestionado” del decir de Winnicott. He insistido desde hace tiempo que lo más próximo en Winnicott a una formulación del inconsciente es, precisamente, la paradoja. (M. Casas de Pereda, 1990).⁵

La paradoja, entonces, junto al gerundio refieren a un tiempo del inconsciente, donde el sentido no está en el pasado ni en el presente, porque es sentido a realizarse.

Otro aspecto que deseo subrayar es que ese encuentro está apoyado en lo fáctico (importancia de la semiosis, significante psicoanalítico, discurso infantil). Se organiza una pérdida, la de lo real, puesto que algo se realiza en otro espacio: el psíquico, el de la representación, el de la marca inconsciente.

También quisiera llamar la atención sobre otro aspecto del gerundio. Creo que en ese haciendo, sin principio ni fin, se hace presente la repetición y la insistencia; ambas muestran que es de la pulsión de lo que se trata.

La pulsión insiste, persiste. Freud dirá que el niño elabora repitiendo en el juego (S. Freud, 1920) Y en la repetición, Freud hace presente una dimensión simbólica, puesto que la repetición articula la pulsión de muerte en tanto necesidad del corte para que haya vida. Dialéctica Eros y Tanatos que duplica el otro par dialéctico como el de

⁵ Existe una diferencia importante entre no cuestionar la paradoja (que podría ciar lugar a la creencia) y la posibilidad de pensar un lado no abarcable que constituye un espacio enigmático, que a su vez genera efectos.

presencia-ausencia. El corte que se produce entre ambos evidencia el trabajo de lo negativo, el No que articula el movimiento dialéctico (M. Casas de Pereda, 1992b).

Planteo, entonces, el gerundio y la paradoja como elementos esenciales de una teorización metapsicológica, que trataremos de ahondar un poco más leyendo el objeto y los fenómenos transicionales más de cerca. Comenzaré pensando sobre el espacio y el fenómeno transicional, para abordar luego el objeto transicional.

I. Espacio y fenómenos transicionales

Tomemos las palabras de Winnicott en sus definiciones clásicas:

“He presentado los términos ‘objeto transicional’ y ‘fenómenos transicionales’, para designar la zona intermedia de la experiencia, entre el pulgar y el osito de trapo, entre el erotismo oral y la verdadera relación objetal, entre la actividad creadora primaria y la proyección de lo que ya ha sido introyectado, entre la inconciencia primaria de la deuda y el reconocimiento de la deuda. (‘Di: ¡Tal!’)”
“... los balbuceos del pequeño... melodías... fenómenos transicionales... uso de los objetos que no son parte del cuerpo propio... aún no reconocidos como pertenecientes a la realidad externa.”

(D. Winnicott, 1972a, p.18)

Su planteo de la transicionalidad hace entrar en escena nociones de sujeto y objeto que desbordan la propuesta freudiana. No coinciden con el autoerotismo, o con el yo placer, o el yo realidad. Podríamos aproximarlos a la constitución del yo en el “*nuevo acto psíquico*” de “Introducción al Narcisismo” (S. Freud, 1914).

Creo que podemos pensar que “*entre el pulgar y el osito, entre el erotismo oral y la verdadera relación objetar*”, se hace presente el movimiento de la pulsión, lo que de ella se satisface en el circuito de la misma: la zona erógena, la ida y vuelta (pulgar y erotismo oral), y lo que la pulsión enlaza en el objeto y que volviendo hace pérdida (aparición del osito y lo que denomina “*verdadera relación objetal*”).

Entiendo que la palabra “*verdadera*” señala en Winnicott un cierto tránsito de estructuración que va del objeto subjetivo al objeto objetivo. Pienso en el ámbito de la discriminación yoica, que implica relación con el objeto y no alienación en él.

Tal vez se desliza con el “verdadero” una aspiración totalizadora a abarcar “la verdad” del objeto o de la realidad. Creo que la verdadera relación objetal debemos plantearla como la imprescindible discriminación del objeto (que implica su pérdida) y la habilitación que esto introduce a la simbolización.

En Freud la constitución del yo, en el texto citado, nos muestra a éste tratado libidinalmente como un objeto. Entiendo que este surgimiento del yo se instala cada vez en la experiencia especular, pues no habría sujeto sin relación con el otro, el semejante, que le permite ser primero otro, afuera, en la imagen; y luego (sucesión mítica) discriminarse en estos movimientos de alienación-separación.

En esta misma línea es que Winnicott plantea que no hay ello sin yo. Pienso que es un modo de hacer presente que la constitución subjetiva, la división del sujeto y las instancias son correlativas. Pero también es indudable que la alienación constitutiva insiste y persiste en modalidades fácticas (lúdicas) del bebé, donde el osito, en el lugar del objeto, pone de manifiesto la necesidad estructural del sujeto funcionando en el objeto desde el comienzo (J. Lacan).

Así, esa zona intermedia de la experiencia no es sino el ámbito en que se juega la estructuración psíquica: un real-realidad que, al modo de una banda de Moebius, articula el yo con el otro (yo-no yo), volviendo interno lo externo y viceversa. Es la especularidad inicial a la que nace el ser humano, espejado en la mirada-deseo de la madre.

¿Espacio transicional no es más un espacio de tránsito, que de transición? El tránsito implica un suceso aconteciendo (*aconte-siendo*), y esto no es sino una acción psíquica, un acto de estructuración.

En la importancia radical de la imagen (propia o ajena) aparece la dimensión de lo social. Esto está presente a través de la fase del espejo en la constitución del yo que hace Lacan (1972). Allí, la imagen y el medio ambiente, la mirada del que sostiene al bebé en el espejo, comparten la importancia para la formación de la personalidad psíquica. La imagen *in*-forma, da forma al organismo y orienta su desarrollo. Hace posible el proceso de identificación con ella, verdadera constelación de imágenes que reflejan las estructuras sociales donde éstas emergen (J. Müller; W. Richardson, 1987). La imagen del semejante, entonces, es la matriz formadora del yo.

La imagen y lo social, presentes en Winnicott a través del espejo como mirada de la madre y del medio ambiente facilitador, reiteran el descubrimiento freudiano sobre la ruptura de unidad del sujeto (Cc.-Inc.) y subraya la alienación como marca a fuego de la indefensión.

El espacio transicional, como una banda de Moebius constituida entre el yo y el semejante de la acción específica freudiana. Banda, espacio de circulación del significante psicoanalítico (verbal y no verbal), realidad de un espacio-tiempo constitutivo del yo que, en múltiples imágenes de lo cotidiano, diagraman ese

imaginario engrosado de los primeros años de la infancia. Sostenido en lo simbólico de la función materna y paterna, o medio ambiente facilitador que remite a los lazos sociales inconscientes que circulan en el discurso familiar y generacional.

El espacio transicional habla con elocuencia del estallido adentro-afuera, del privilegio de un espacio tercero que reúne la paradoja y hace así presente al inconsciente.

“El objeto debe ser encontrado para ser creado y creado para ser encontrado. (...) La paradoja debe ser aceptada, tolerada y no debe ser resuelta.”¹ (D. Winnicott, 1979) Junto a esto, debemos ubicar la idea de Winnicott acerca de que no importa tanto el objeto utilizado sino la utilización del mismo.

Esta última formulación, la contingencia del objeto, evoca la noción de pulsión en Freud. De los cuatro elementos con que la caracteriza (empuje, fuente, objeto y fin), el acento recae en el carácter imprescindible del empuje. Creo que esto coincide con la importancia otorgada por Winnicott a la utilización del objeto, es decir, la fuerza, el movimiento que “lleva hacia”.

Crear el objeto que le es presentado es un acontecimiento psíquico que implica el sujeto, el objeto y el deseo. Hay allí dos sujetos: uno que crea el objeto, otro que lo presenta. La subjetividad en juego corresponde al primero (el niño creando el objeto). Creación que no es sino una representación que reúne el deseo del objeto con su realización psíquica, que no se trata de una alucinación, aunque podamos asimilarla en un primer instante mítico precisamente a la gratificación alucinatoria de la experiencia de satisfacción. Pero para que ello se realice, para que acontezca ese momento esencial de la representación (marca psíquica que habilita el pensamiento) se necesita que el otro haga presente su deseo (inconsciente) a través de los cuidados maternos adecuados. “Ni en exceso ni en defecto”, diría Winnicott.

Esa conjunción origina un instante de ilusión (creación paradójal). Hay allí un trabajo inconsciente que sólo podemos inferirlo por sus efectos: la ilusión. No es algo a resolver, tampoco a velar sino a develar.

La creación psíquica aquí involucrada habla de un proceso donde están en juego elementos de distinta naturaleza. La creación del objeto es diferente de la presentación del objeto; ambas refieren a otra cosa. La primera, la creación del objeto, alude a una marca psíquica que autoriza pensamiento y juicio y, por ello, abre a la cultura. La otra, hace presente al objeto pero no sólo en su materialidad. Si fuera así, no ocurriría ese singular momento de coincidencia. Allí importa no sólo el objeto de la necesidad sino

cómo es presentado en el momento adecuado. Y esto remite al deseo inconsciente del otro, a su estructura psíquica, instituyendo ese medio ambiente facilitador.

He señalado antes (M. Casas de Pereda, 1993a) que *lo específico* de la “acción específica” radica en la cualidad del afecto materno, en su modo de querer al hijo, presente en la respuesta que es capaz de promover la acción específica. Lo específico no es el contenido de la respuesta, sino lo cualitativo en juego del deseo materno con que es aportada la respuesta.

Hay, pues, una marca psíquica por la presencia del deseo del otro, encarnado en brazos, pecho u objetos de cuidado y amor. Entre cuerpo y símbolo, dos lados heteromorfos que hacen a la paradoja, acontece la historia; tal vez, la mítica continuidad de existencia del psique—soma que conduce al self.

La creación del objeto en el instante en que le es presentado, sería la descripción de un acontecimiento psíquico que desemboca en la creación del fantasma. No se trata de un encuentro real entre el objeto ubicado como cuerpo biológico, pecho o los brazos de la madre y la boca o la piel del bebé; no es un encuentro estético de dos realidades fácticas, sino que el encuentro al que Winnicott apunta es que al deseo de presencia de la madre (pecho) por parte del niño se corresponda con el deseo de estar presente por parte de la madre (“de amamantarlo”).

Winnicott planteaba que resolver la paradoja era pagar el alto precio de que perdiera su valor. Tal vez su valor estriba, precisamente, en esos tiempos verbales en los que inferimos un sujeto dividiéndose, algo que le acontece sin saberlo. El infinitivo y el participio (“crear” y “presentado”) hablan de un tiempo especial que evoca la espiral del *a posteriori*.

R. Rousillon (citado por A. Clancier y J. Kalmanovich, 1984) mostró que el problema de las paradojas lógicas de B. Russell pasa porque “*la solución*” tiene que ver con “*apuntar a la confusión de dos campos diferentes*” (p.151)

Coincido con A. Clancier y J. Kalmanovich en que Winnicott intenta comunicar dos realidades psíquicas; por ello pienso que la banda de Moebius es una forma topológica de referir la paradoja. Al mismo tiempo, en ambas propuestas, cuenta el mismo hecho psicoanalítico: el sujeto funcionando en el objeto. Esto implica la unión, el transitivismo, el movimiento de ida, de la dialéctica alienación-separación y supone o anticipa la separación, la discriminación y, por ende, el trabajo de la identificación.

El movimiento de ida habla de la alienación especular y narcisista de ser en el otro, con todos sus atributos. Este movimiento de ida y vuelta abre el campo que podemos ubicar como función de la idealidad. Este campo comprende el tránsito yo ideal-ideal

del yo; a su vez, esto hace presente los otros pares conocidos de ilusión-desilusión, de idealización-desidealización, donde articulan los mecanismos defensivos que juegan también en una relación dialéctica e inversa, como veremos más adelante.

Entiendo que crear el pecho que se le presenta también es un modo de pensar la mencionada dialéctica alienación-separación. Se es con el pecho, como un momento mítico de fusión, del cual es imprescindible salir para ser otro que el objeto. Esto se resignifica como ilusión de unidad. Winnicott, escribiendo a Marión Milner (1965), dice: *“la separación como causa de la primera idea de unión; antes no hay idea de unión, hay sólo unión”*. Por ello la ilusión que surge en el espacio transicional es ya un efecto de resignificación.

Para pensar, para que surja la idea, se necesita la separación, como corte mínimo que genere el deseo. Recién entonces puede ocurrir como acontecimiento psíquico, la identificación, “las ganas” de ser como el otro. Esta implica el reconocimiento de que se es otro. Tal vez son momentos lógicos, ficción, que hablan de alienación-separación, objeto subjetivo-objeto objetivo, contextos del yo-no yo donde precisamente para que haya yo tiene que haber un no yo; la negatividad “creadora”, trabajo de lo negativo, sin el cual no hay separación posible (M. Casas de Pereda, 1992a).

Mientras que el sujeto funciona en el objeto (alienación), no está totalmente confundido con él sino que funciona en él y toma todas sus prerrogativas. Es la omnipotencia del otro que queda en el sujeto como yo ideal, es el ámbito del narcisismo primario de Freud, es la alienación de lo especular de donde tendrá que volver discriminándose. Idas y vueltas insistentes, repetitivas, de esta relación imaginaria apoyada en la función simbólica materna y en lo real del encuentro.

Encuentro de deseos que permiten entonces la emergencia de un significante. Esta será la huella o la marca que se podrá evocar al instante siguiente, repeticiones que hacen presente la pulsión, insistencia de la misma, dando cuenta de la satisfacción alucinatoria que sería la emergencia del fantasma.

El fantasma, la capacidad de fantasear, que redundando en la capacidad de pensar, habla de un saludable movimiento de estructuración psíquica que requiere del deseo del otro.

Se trata de un acto psíquico que, para que implique la representación y la disponibilidad fantasmática, necesita del deseo del que lo asiste. El deseo no es de la leche materna (su apoyatura), sino del deseo de la madre de alimentarlo.

En esta circulación, decía, acontece algo radical que autoriza que se lo aísle, llamándolo experiencia o fenómeno transicional. Lo radical allí acontecido-aconteciendo es la pérdida que genera la emergencia del deseo. Que con la necesidad

biológica se articule la demanda y surja así el deseo. Hay un intercambio simbólico que acontece en la sustitución de sentidos que van desde la expresión de una necesidad a que ésta se vuelva un pedido y que esto importe como llamado al otro. Testimonio de la imposibilidad de coaptación entre lo buscado y lo encontrado; impronta específica del ser humano. El ser humano, su ser en el mundo no coapta jamás con el inconsciente que lo determina.

Desde el momento en que Winnicott refiere el espacio transicional a la creatividad, está haciendo presente la función esencialmente simbólica de la negación. Apertura a la sustitución que autoriza el juego metafórico y que abarca o implica un interjuego de reconocimientos y discriminaciones, de identificaciones y desidentificaciones. Sustituciones que están en la base de todos los mecanismos defensivos/La sustitución implica el No, que hace presente tanto la prohibición (“No debo”) como la pérdida (“No está”). (M. Casas de Pereda, 1994b)

Hagamos una breve relectura del texto freudiano sobre la acción específica para ponerlo en paralelo con lo anterior.

“La naturaleza psíquica del desear”, dice Freud (1900, p.557 y sigs.), es necesario pensarla “con el auxilio del aparato psíquico”. “El apremio de la vida (que contradice el principio de constancia y por ende descarga, al punto de 0 de estímulo) perturba esta simple función; a él debe el aparato también el envión para su constitución ulterior”. “El apremio de la vida lo asedia primero en la forma de las grandes necesidades corporales” y buscará la forma de llamar al otro mediante esto que denomina “alteración interna” o “expresión emocional.

“El niño hambriento llorará o pateará inerte.” A su vez “la necesidad interna... no golpea de manera momentánea, sino a una fuerza que actúa continuamente. Sólo puede sobrevenir un cambio cuando por algún camino (en el caso del niño por el cuidado ajeno) se hace la experiencia por la vivencia de satisfacción, que cancela el estímulo interno.” Y prosigue: “Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de una cierta percepción (la nutrición, en nuestro ejemplo), cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad.”

La siguiente excitación de necesidad, *“merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez —reproducir— la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera”.*

Pero Freud también nos señala de lo ininterrumpido de la fuerza de la pulsión, que apoyada en la necesidad, pulsa e insiste. No puede haber satisfacción de ella, puesto que ya es otra cosa que la necesidad biológica. Estamos ya en otro registro y la “insatisfacción” comanda el aparato; no es insatisfacción de la necesidad, sino del deseo.

En la frase que sigue a continuación de la citada, agrega que *“una moción de esa índole es lo que llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo”*.

Transitará, entonces, reflexiones en torno a la identidad de percepción y la identidad de pensamiento, que no es sino el *“rodeo por el cumplimiento de deseo”*.

Y poco más adelante (1900, pp.587-90) Freud propone: *“... la excitación percibida como displacer, pone en actividad el aparato...”* *“a una corriente así producida en el aparato que arranca del displacer y apunta al placer la llamamos deseo... sólo un deseo y ninguna otra cosa es capaz de poner en movimiento el aparato psíquico”*. (...) *“El primer desear pudo haber consistido en investir, alucinatoriamente el recuerdo de la satisfacción.”* Pero esto no alcanza y se produce el llamado al otro.

Aquí Freud introduce el principio de realidad: *“por un rodeo (...) por vía de la motilidad voluntaria, modificará el mundo exterior de modo tal que pudiera sobrevenir la percepción real del objeto de satisfacción”* (1900, pag.588).

También analiza aquí lo que llama la contrapartida de la *“vivencia primaria de satisfacción: la vivencia de terror frente a algo exterior”*, que conducen a la retracción, al silencio del aparato para evitar el dolor. *“Se sustrae de la percepción y al mismo tiempo del dolor.”*

Por otra parte, en estos vaivenes del displacer, Freud hace aparecer al otro mecanismo defensivo esencial del sujeto dividido—dividiéndose. *“El extrañamiento respecto del recuerdo, que no hace sino repetir (Wiederholung) el primitivo intento de huida... extrañamiento que realiza fácilmente y de manera regular... nos proporciona el modelo y el primer ejemplo de la represión psíquica (esfuerzo de desalojo psíquico).”* (Destacados míos)

Y luego incluye nuevamente: *“El pensar como un todo no es más que un rodeo desde el recuerdo de satisfacción, que se toma desde representación-meta, hasta la investidura idéntica de ese mismo recuerdo, que debe ser alcanzada de nuevo por la vía de las experiencias motrices.”*

En este breve recorte paradigmático de funcionamiento psíquico, surgen elementos metapsicológicos para pensar las ideas winnicottianas del espacio y los fenómenos transicionales.

La represión es introducida como un mecanismo esencial que determina la aparición del pensamiento y el juicio. Pero pienso que también allí leemos acerca de la existencia de la desmentida. El bebé no tolera la ausencia de respuesta a su llamado y surge entonces el sustraerse de la percepción: de la ausencia del otro y al mismo tiempo del dolor. Este es el que, apareciendo en forma tolerable, pone en evidencia la vivencia de frustración.

Desmentida de la ausencia del otro, de su no respuesta que genera la alucinación, el fantasma. La desmentida es un mecanismo normal, una disponibilidad (funciones simbólicas en ciernes) para hacer frente al desamparo; la ausencia absoluta del otro sería la muerte física y psíquica. La progresiva tolerancia a la frustración no es más que el efecto del procesamiento simbólico de presencia-ausencia, que se juega también en la facticidad de la relación madre-bebé.

La resignificación de la ausencia de la madre como ausencia del falo materno, descrita por Freud como la más importante de las teorías sexuales infantiles, constituye para el psicoanálisis el pivot para pensar la estructura edípica que da cuenta de la neurosis o de la patología psicótica o perversa. En “Inhibición, síntoma y angustia”, Freud (1926) da cuenta de un periplo de pérdidas (oral, anal, fálica y del deseo del otro) que conducen a la castración y que están a su vez resignificadas por ella.

Cuando Winnicott describe el espacio transicional “*entre la inconciencia primaria de la deuda y su reconocimiento*”, creo que está dando cuenta del ahondamiento de la discriminación entre las instancias: el yo del reconocimiento en realidad va a ser también esencialmente un yo de desconocimiento, en el sentido de que la represión va ahondando la división en el registro de lo saludable.

La deuda hace presente al otro y su deseo. Deberle algo a ese otro que nos constituye, hace presente todo el ámbito pulsional, la trama del deseo, del amor y del odio, la ambivalencia en apretada trama con la sexualidad. Es una deuda por la existencia en la estructura edípica.

Desde la “*experiencia de satisfacción*” surge la presencia de esa forma de negatividad que no tiene la consistencia del No de la prohibición (en el sentido del complejo edípico), pero lo anticipa (estructura) bajo forma de No al dolor y No a la frustración que determina la sustitución, es decir, el mecanismo de la represión.

La desmentida a su vez habilita al mismo tiempo la validez y la necesidad del espacio de la ilusión. En el juego de presencia—ausencia, donde se “ejercita” la desmentida, también se “entrena” en el aumento de consistencia del No de la discriminación (M. Casas de Pereda, 1992b).

Winnicott reclama “*la existencia de un estado intermedio entre la incapacidad y la capacidad creciente para reconocer y aceptarla realidad (...) “estoy estudiando la sustancia de la ilusión que le es permitida al pequeño y que en la vida adulta es inherente al arte y la religión”* (destacado del autor). (D. Winnicott, 1979)

Así, Winnicott está hablándonos de la desmentida, de la necesidad de aceptarla y “permitírsela” al pequeño, que es un modo de aludir a la tolerancia en la función materna y paterna frente a este mecanismo inherente a la estructuración psíquica del niño.

Tal vez la zona intermedia de experiencia no sea una zona de descanso que “*no debe ser disputada*”, sino una zona de arduo trabajo psíquico. Ilusión y desilusión no deben ser tomadas por separado, sino como par dialéctico donde precisamente en esa ida y vuelta cuenta lo que se inscribe, que implica pérdida y lo que se gana, el fantasma.

Como señalé antes, crear el objeto es entonces un paso psíquico de indudables consecuencias que implica la representación, la marca psíquica, su evocación y sustitución; es decir, la creación del fantasma y, por ende, el encadenado de representaciones. Alucinar el pecho es fantasear un pecho y es crearlo. Freud diría “fantasear” un pecho; Winnicott diría “crear”.

Para Freud implica discernimiento y juicio y, por ende, división del sujeto: represión primaria y la aparición de las instancias. “*Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir.*” (S. Freud, 1895) Inconsciente y yo que adquirirán consistencia a través del *a posteriori*.

En Winnicott la creación subraya la presencia real del objeto y en Freud, la ausencia del objeto (para crearlo) y, por tanto, la aparición del deseo en la creación fantasmática. Se trata de la insistencia en la pérdida de un lado cosa (*ding*) para que haya representación. No son dos conceptos opuestos, sino dos realidades diferentes y, al mismo tiempo, dos aspectos ineludibles del acontecimiento psíquico.

La ilusión, verdadero interjuego de desmentida y represión, es un modo de hacer entrar muy tempranamente en la estructura la función del ideal, como señalé antes. La idealidad, que de entrada aparece a través del deseo de los padres (“*his majesty the baby*”) da cuenta de la estructura narcisista de la creación del yo. Y la tríada yo-ideal-

yo, resume bien la importancia del interjuego entre yo ideal e ideal del yo que configuran la identidad del sujeto.

También la instancia de la idealidad hace a la sublimación y los ideales, y por ende, a la cultura y la creatividad.

Por esto entiendo que están muy próximas la preocupación freudiana y winnicottiana en torno a la articulación de estos inicios míticos del aparato psíquico con la sublimación y la cultura.⁶

De la salida de la desmentida, a su vez, depende la eficacia de la represión.

Cuando la represión acontece con una desmentida fuerte, no disminuida, da lugar a una estructura edípica fallante (lo retomaré más adelante).

En este sentido de la disminución de la desmentida importa todo lo que Winnicott señala en torno a la desilusión y la frustración. Así, *“la principal tarea de la madre (después de la de aportar una oportunidad para la ilusión) es la desilusión”* (1979, p.327).

Creo que desde el primer momento el niño experimenta frustraciones. Conuerdo con Winnicott en que tal vez no es concebible un tiempo absoluto de ser en el objeto: *“Ciertamente cabe manifestar que la adaptación a la necesidad jamás es completa, ni siquiera al principio, cuando la madre está biológicamente orientada a esta función tan especializada.”* (1979, p.308)

Por ello entiendo que el mito de la continuidad debe ser reformulado en el sentido de que lo que se continúa, lo que no cesa, es el juego de escansión de presencia-ausencia. Visible en lo oral, donde a la mamada sucede el descanso; similar en lo escópico, o aún en lo auditivo, silencio y sonido; o en lo cenestético, donde se hace evidente la presencia sobre el fondo de ausencia, registro de la diferencia. (M. Casas de Pereda, 1993a)

Winnicott abunda en este aspecto, señalando que *“la adaptación incompleta a la necesidad hace que los objetos sean reales (...) la adaptación exacta se parece a la magia y el objeto que se comporta a la perfección no es mucho más que una alucinación”* (...) *“la ‘madre’ lo bastante buena (que no tiene por qué ser la del niño) es la que lleva a cabo la adaptación activa a la necesidad de éste y la disminuye poco apoco según la creciente capacidad del niño (...) para tolerar los resultados de la frustración”*. (1972a, p.28)

⁶ Freud (1895), en el Proyecto..., en el contexto de la acción específica que implica la representación psíquica, señalaba que la vivencia de satisfacción, “que sobreviene bajo auxilio ajeno, genera una función secundaria, importante en extremo, del entendimiento o comunicación y así, el inicial desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos los motivos morales” (p.363).

Winnicott concluye, entonces, que “*un niño no tiene la menor posibilidad de pasar del principio del placer al de realidad, o de la identificación primaria y más allá de ella, sino existe una madre lo bastante buena*” (1972a, p.27)

Se desprende con claridad de sus textos que “madre” en realidad es un concepto que incluye su función; ésta es un trabajo de lo negativo que, habilitando desilusión y frustración, permite un deseable y saludable proceso de estructuración, donde la castración está implicada.

Winnicott abarca toda la serie de frustraciones bajo el nombre de “*destete*” (1979, p.327) y subraya su importancia para la normalidad psíquica.

Precisamente, la frustración señala este trabajo de lo negativo que conduce a la castración y que organiza el No de la prohibición.

Creo que en este tema es necesario y útil separar el concepto desilusión del concepto frustración. Pienso que el primero corresponde a la disminución de la desmentida y el segundo al ámbito de la represión. Pérdida y prohibición son los resortes de sentido en juego en cada uno de ellos que hablan de la desmentida y la represión, respectivamente.

En este ejercicio de trabajo psíquico entre la ilusión y la desilusión (que se reúne con la frustración) surge la posibilidad de la elaboración del duelo. Esto implica el aflojamiento de investiduras y la disponibilidad para nuevos investimentos. Duelos de las creencias que suelen dar no poco trabajo al niño; las creencias infantiles son solidarias a la idea de ilusión y también a las teorías sexuales infantiles. Estas últimas son todas efecto de la desmentida de la castración.

Tanto las creencias como la ilusión responden a mociones desiderativas, “cumplimientos” de deseos: “*el secreto de su fuerza (de la ilusión), es la fuerza de los deseos.*” (S. Freud, 1927)

Pienso que el duelo es un concepto ineludible para abarcar la estructuración psíquica, puesto que la infancia es, precisamente, un tiempo jalonado de adquisiciones y pérdidas (sustituciones de objetos y de zonas libidinales).

No vamos a entrar a caracterizar todos los elementos que están implicados en el trabajo elaborativo del duelo, pero sí dejarlo consignado como un elemento importante de simbolización.

No olvidemos que de los cinco textos conservados de Metapsicología, el quinto es, precisamente, “Duelo y Melancolía” (S. Freud, 1915). Allí el duelo es parte indispensable de los procesos de identificación.

II. El objeto transicional

El objeto transicional condensa todo lo ya señalado en torno a la función de la transicionalidad. De todos modos, deseo subrayar algunos elementos más que le son propios.

El objeto transicional, objeto peculiar, singular, tiene la virtud de hacer presente al modo fáctico, encarnado, concreto, un hecho abstracto, irreal, al tiempo que real (fantasía y cuerpo que hablan de trabajo psíquico). Habla de ese camino entre el sujeto y el objeto que al realizarse, experienciarse, deja huellas y hace marcas.

En él podemos atisbar este proceso de estructuración porque aparece con esa singular contundencia de una creación psíquica que se materializa por un tiempo cumpliendo con una función esencial, nada menos que la de aliviar la angustia.

Verdadero tiempo semiótico no verbal en el proceso de simbolización. Hay allí hacer y decir que conjugan verbos, proponen predicados y diagraman adjetivos, desdoblamiento, anudamiento del lenguaje en actos, gestos y palabras, articuladas en un objeto "sin sentido". En los manípulos con el objeto, podemos leer los elementos de la función fáctica del lenguaje que describe R. Jakobson (1985).

Propuse hace unos años, un *hiatus* de espacio y tiempo entre el símbolo y lo simbolizado que se juega en el objeto transicional. El símbolo queda por un tiempo en una representación icónica o indicial (Ch. Peirce) que presentifica lo que representa. Camino de simbolización, porque aún no es simbolizado; si lo fuera no sería adherido a su representación (trapito, osito). Es símbolo en acto, no es símbolo pleno o logrado en su mayor abstracción como lo es la palabra.

Las palabras y los sonidos pueden ser también para Winnicott un objeto transicional; es que el bebé parlotea y juega con palabras y sonidos que son de otro, ese semejante primordial cuya presencia se recrea en los sonidos.

Los murmullos calman la angustia porque en tanto son proferidos, lo que cuenta es que son oídos. Quedan, pues, ubicados en el mismo lugar de una desmentida de la ausencia como todo objeto transicional, jugada en la ilusión de ser el otro que me calma.

El objeto transicional hace presente la metonimia y la metáfora con cualidades diversas. Tiene siempre una relación metonímica con la madre, sus cuidados o sus dones. Del pecho al chupete, del roce tierno del encuentro amoroso con la madre a la frazadita, del don de amor materno concretado con los objetos que le da para jugar.

Estando en relación metonímica es, al mismo tiempo, una desmentida de su ausencia, en tanto es en parte metáfora de su presencia. Desmentida de la ausencia que no produce una escisión sino que la división que está en juego es la reiteración-resignificación de la división consciente-inconsciente (conocimiento-desconocimiento, saber-no saber).

Metonimia de la madre y, al mismo tiempo, de sí mismo, porque es lo que él sintió como placer, como calma, en el encuentro con el gesto de ella. Placer de la reunión, calma de la separación. Cuando el objeto transicional se vuelve patológico, hay goce en la unión y no hay calma porque no hay separación; hay sólo unificación y eso es la muerte (del sujeto de deseo).

El objeto transicional tiene, pues, mucho de metonimia (continuidad con la madre), pero también es metáfora del amor de la madre como calor en la frazadita o como disponibilidad lúdica del encuentro amoroso en el osito. Y este lado metafórico conlleva el reconocimiento de cierta pérdida, pues es capaz de calmar la angustia y sacar del displacer. Es ya la función simbólica anticipatoria de la madre, presente en el objeto.

Ver un objeto transicional más allá del tiempo necesario, ver un niño grande con chupete o con la frazadita a cuestas, genera siempre un cierto desconcierto o malestar que corresponde a “ver” esa negatividad o lo real, ver algo que no debería verse. Hay algo de ese real que no se deja perder. Y en la misma esencia de ser una nada desechable, trapito gastado, donde su fin es perderse, recrea el sentido de lo imprescindible de la pérdida para la simbolización. Por ello entiendo que el objeto transicional no “*antedata la instancia de la realidad*” (D. Winnicott, 1972a), sino que es un modo de aprehenderla.

El objeto transicional, entonces, sería como lo señala Lacan (1972, p.325), esa “*elevación del signo a la función del significante*”, donde se hace patente el “*desprecio por la verosimilitud*”, ya que puede disfrutar del chupete sin que sea el seno.

Verdaderas metonimias y metáforas en curso que hablan de sustituciones efectivas.

Winnicott mismo señala que “*el objeto transicional puede representar el pecho exterior, pero lo hace indirectamente al representar un pecho interior*” (1979, p.323)

Si el objeto transicional “*puede representar las heces*”, “*puede convertirse en fetiche*”, “*un pecho exterior o un pecho interior*”, es porque el aparato psíquico dispone de la sustitución; desplazamiento y condensación (metonimia y metáfora) que abarcamos como simbolización.

Winnicott insiste en que el objeto transicional es “*la primera posesión no yo*”.

Para que haya “primera posesión no yo”, debe haber un No consistente (M. Casas de Pereda, 1992b), una separación que hace surgir la posesión. Es el tener para ser que está implícito en la propuesta freudiana de su texto “La negación” (S. Freud, 1927), donde propone en la experiencia de afirmación-expulsión, el juicio de atribución precediendo al juicio de existencia.

El tener precede al ser (separado del objeto). El juego de presencia-ausencia, la ida hacia el otro y su reflexivo, alienación-separación, trabajo de simbolización, implican esta perspectiva produciéndose. La posesión conduce a la existencia, dejando de ser con el otro. Del objeto subjetivo al objeto objetivo, pero adjuntando entonces el efecto del deseo; motor sin el que nada cabría esperar.

La pulsión y su insistencia cada vez y todo el tiempo en movimientos de ida y vuelta.

Renata Gaddini diferencia el objeto precursor del objeto transicional, pero habla también de la renegación de la separación, que Winnicott menciona al hablar del cordel. Precursor o transicional, son vicisitudes de la alienación y de la separación y por lo tanto diseñan sentidos variables de la desmentida.

Entre el yo ideal y el ideal del yo transcurre un espacio-tiempo donde la desmentida da cuenta de la indefensión y se puebla de actos con valor significativo.

El hecho de que la madre respete el objeto transicional no es sino un modo de tolerar la presencia de la desmentida, su necesidad estructural, del mismo modo que tolera la ilusión y la sostiene.

Las creencias infantiles que Freud reubica para la perspectiva metapsicológica, transformándolas en teorías sexuales infantiles, son de la misma estofa que el objeto transicional: testimonios de un espacio-tiempo de estructuración psíquica donde la desmentida en interjuego con la represión (primaria, secundaria) da cuenta de la subjetividad y la separación de las instancias. Las teorías sexuales infantiles son creencias, fantasías, reunidas bajo la égida de la desmentida de la castración materna.

Antes mencioné la relación inversa entre desmentida y represión. Con ello deseo subrayar el hecho estructural de que la represión, en el sentido de lo saludable, se da en un ámbito donde la desmentida va perdiendo fuerza. Cuando la desmentida conserva su impronta inicial, los procesos represivos son endebles o patogénicos.

No se pierde el fantasma de la madre fálica, la diferencia de los sexos queda en defecto, la trama edípica se vuelve endeble y, en este contexto, la represión no *organiza* las resignaciones de objeto inherentes al sepultamiento saludable de las mociones edípicas positivas y negativas.

La desmentida disminuye y, al mismo paso, el objeto transicional se pierde.

También Winnicott vincula el objeto transicional y el fetiche. Para establecer la diferencia de opinión con Wulff, concede sin embargo que *“hay que dar cabida para la ilusión de un falo materno; es decir, una idea que es universal y no patológica”*. Aquí,

el término ilusión está en lugar de la palabra fantasía con que Freud caracterizó su “*primera de las asombrosas teorías sexuales infantiles*”.⁷

Si bien Winnicott está intentando diferenciar el objeto transicional del fetiche, también señala que “*podemos considerar el objeto transicional como falo materno en potencia, el cual, empero, al principio era un pecho*” (1979, p.329)

Es indudable la aproximación significativa entre estos dos fenómenos que me permiten subrayar el tránsito de la desmentida de la ausencia (del otro) a la desmentida de la castración (ausencia del pene en la madre). El concepto simbólico de la castración está presente en ambas.

En este sentido, Winnicott subraya “*que el objeto transicional y los fenómenos transicionales en general pueden arrojar luz sobre el objeto fetiche y el fetichismo*”. Y en estos trabajos prefiere conservar la palabra fetiche del lado de la desmentida: “*delusión de un falo materno*”. (1979, p.329)

Resume estas propuestas señalando que “*puede describirse el fetichismo en términos de la persistencia de un objeto específico o de un tipo de objeto que data de la experiencia infantil dentro del campo transicional enlazada con la delusión de un falo materno*” (1979, p.330).

Insisto en la importancia de esta relación directa establecida por Winnicott entre ambas vicisitudes de la ausencia.

Es el objeto transicional que, en función de la patología existencial del niño, se puede transformar en fetiche. La renegación de la ausencia se coagula en el objeto fetiche y se acompaña de otras consecuencias psíquicas como la escisión del yo (Freud).

A modo de epílogo

Uno de los problemas que enfrenta el psicoanálisis es la ontologización de los conceptos para volver aprehensibles, pensables, inteligibles, fenómenos cuya naturaleza se nos escapa. Un extremo no demasiado lejano es ubicar al inconsciente como un personaje dentro de nosotros mismos; es decir, pensar el objeto interno como una entidad o hablar del objeto (externo), confundiéndolo con la persona exterior del otro.

Se trata en realidad de representaciones inconscientes; por eso entiendo que los conceptos winnicottianos sobre las condiciones psíquicas necesarias que autorizan el uso de un objeto transicional, son un modo de representar vicisitudes de la relación con el otro que hacen marcas y huellas para el trabajo psíquico. Trama de representaciones

⁷ S. Freud: Tres ensayos de teoría sexual (1905). T. VII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 1976.

donde el deseo y la defensa organizan sustituciones y diagraman una buena discriminación de las instancias.

Freud, en su rigor metapsicológico, muestra la necesidad de un modelo teórico sosteniendo la praxis. De allí que la llamara su “*bruja*” o insistiera en lo que allí había de ficción. Es un modo de hacer presente un empeinado esfuerzo por llevar al aparato psíquico la impronta de la castración.

El ombligo del sueño, el inconsciente sistemático, la realidad histórico-vivencial que no puede ser evocada más que por retoños o construcciones, la neurosis misma como la realidad del conflicto psíquico constituyendo al hombre, son algunos de los elementos de su teoría que dan cuenta de esta insistencia. El mismo concepto de pulsión, “*límite entre lo somático y lo psíquico*”⁸ alude a la imposible coaptación entre cuerpo y símbolo.

Winnicott tal vez restituye con la idea de ilusión algo que Freud mantenía en entredicho; el espacio de la ilusión se abre a la creatividad y la cultura pero aparece como cierta sustracción a la castración.

Por otro lado, he trabajado el gerundio y la paradoja como conceptos fecundos para una metapsicología winnicottiana. También he agregado una metáfora topológica, la banda de Moebius, para pensar el espacio transicional y la radical importancia del otro en la constitución de la subjetividad.

La creación es, a mi entender, una propuesta muy significativa para el psicoanálisis, pues implica el pensamiento, la fantasía y toda la producción del sujeto en el mundo. A su vez, la creatividad, raíz, raigambre del espacio transicional, habla de la producción del sujeto psíquico, creación de la representación.

Y en la situación analítica, se crea, se produce una nueva realidad: la transferencial. En ella se re-crea, se re-produce, resignificándose sujeto y objeto, una trama nueva o diferente.

Esto atañe a un espacio y tiempo peculiares que Winnicott ha insistido en particularizar; tiempo del gerundio, tiempo que insiste en un siendo, que aloja en un espacio de creación y paradoja.

El tiempo humano que nos propone Winnicott, forma parte de “*un universo –como dice I. Pryogine (1991)– en el que el tiempo no es ni ilusión ni disipación, sino creación*”.

⁸ S. Freud: De la historia de una neurosis infantil (1914). T. XVII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 1976.

Bibliografía

ABBAGNANO, Nicola: Diccionario de Filosofía. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1980.

ASSOUN, Paul-Laurent: Le sujet de l'ideal. En: Aspects du Malaise dans la Civilisation. Navarin Editeur, París, France, 1987.

BAJTIN, Mijail: El problema del texto en la lingüística, la filología y otras ciencias humanas. En: Estética de la Creación Verbal. Ed. Siglo XXI, 1982.

CASAS DE PEREDA, Myrta:

— 1990: ¿Existen equivalentes al falso self en Freud y en Klein? En: Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Tomo XLVII, N°5/6, Buenos Aires, Argentina.

— 1991: Gesto, juego y palabra. El discurso infantil. Revista Uruguaya de Psicoanálisis N° 74, Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.

— 1992a: Sobre el juego y la simbolización. Correo de FEPAL, R.B. Ediciones, Montevideo, Uruguay.

— 1992b: Estructuración Psíquica. Revista Uruguaya de Psicoanálisis N° 76 "Malestares", Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.

— 1993a: La neurosis hoy. En: La Neurosis Hoy. Publicación de las VIII Jornadas Psicoanalíticas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Montevideo, Uruguay.

— 1993b: Ilusión, Creencia y Verdad (1992). En: Revista Uruguaya de Psicoanálisis N° 78 "Neurosis", Montevideo, Uruguay.

— 1994a: Acerca del cuento infantil. En Anales del Primer Congreso Latinoamericano de Literatura Infantil y Juvenil, Montevideo, 10-12 junio de 1994. En Prensa.

— 1994b: Lo femenino en lo maternal. Función de enigma. En: Mujeres por mujeres. Editor, Moisés Lemlij. Fondo editorial Biblioteca Peruana de Psicoanálisis. Lima, Perú, 1994.

CLANCIER, Anne; KALMANOVICH, Jeannine: Le paradoxe de Winnicott. Ed. Payot, París, France, 1984.

FREUD, Sigmund: Proyecto de psicología (1895) Amorrortu Editores, T. I, Buenos Aires, 1976.

— La interpretación de los sueños (1900). Cap. VII: Sobre la psicología de los procesos oníricos. Amorrortu Editores, T. V, Buenos Aires, 1976.

— Introducción del Narcisismo (1914), T. XIV, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 1976.

- Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños (1915) T. XIV, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 1976.
- Duelo y Melancolía (1915). T. XIV, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 1976.
- Más allá del principio del placer (1920). Amorrortu Editores, T. XVIII, Buenos Aires, Argentina, 1976.
- La negación (1925). Amorrortu Editores, T. XIX. Buenos Aires, Argentina, 1976.
- Inhibición, Síntoma y Angustia (1926). Amorrortu Editores, T. XX. Buenos Aires, Argentina, 1976.
- El porvenir de una ilusión (1927). T. XXI, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 1976.
- GADDINI, Renata: “Le Déni de la séparation”. Citado por A. Clancier; J. Kalmanovich en *Le paradoxe de Winnicott*. Ed. Payot, Paris, France, 1984.
- GIL, Daniel: El papel del mito en la teoría y la práctica psicoanalíticas. En: *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, N° 75, Montevideo, Uruguay, 1992.
- JAKOBSON, Román: *Lingüística y poética*. En: *Ensayos de Lingüística General*, Ed. Planeta, 1985.
- KRISTEVA, Julia: *Semiótica 2*. Ed. Espiral, Madrid, España, 1981.
- LACAN, Jacques: El estadio del espejo como formador de la función del yo [“je”] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. *Escritos I*, Ed. Siglo XXI, México, 1972.
- MILNER, Marión: El papel de la ilusión en la formación de símbolos. *Nuevas Direcciones en Psicoanálisis*, Ed. Paidós, 1965.
- MULLER, John P.; RICHARDSON, William: *Ouvrir les Ecrits de Jacques Lacan*, Ed. Eres, Toulouse, France, 1987.
- PELENTO, Ma Lucila: Trabajo presentado en el Primer Encuentro Latinoamericano sobre la obra de D.W. Winnicott, Buenos Aires, 1993.
- PRYGOGINE, Ilya: *El nacimiento del tiempo*. Ed. Tusquets, Barcelona, España, 1991.
- ROUSILLON, Rene: Citado por A. Clancier y J. Kalmanovich: *Le paradoxe de Winnicott* (pag. 150). Ed. Payot, Paris, France, 1984.
- WINNICOTT, Donald W.:
- 1979: *Objetos y fenómenos transicionales* (1951). Estudio de la primera posesión “No Yo”. *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Ed. Laia, Barcelona, España.
- 1972 a: *Objetos transicionales y fenómenos transicionales*. *Realidad y Juego*, Granica Editor, Buenos Aires, Argentina.

— 1972 b: Conceptos contemporáneos sobre el desarrollo adolescente y las inferencias que de ellos se desprenden en lo que respecta a la educación superior. Realidad y Juego, Granica Editor, Buenos Aires, Argentina.